

putando como *profano* el texto que la contenga; en las antiguas inscripciones semíticas faltan las *mociones* aludidas; los nombres de los puntos vocales no son de origen hebraico, sino siríaco, lo mismo que las de los acentos, cuyas denominaciones suponen un origen caldaico-siríaco, á la manera que la nomenclatura del *alefato*, arguye el influjo aramaico de los tiempos esdrinos; no pocos pasajes de S. Jerónimo demuestran que tuvo que valerse de manuscritos sin vocales (1); la puntuación

(1) El Talmud habla de *acentos de la ley*, pero como advierten algunos rabinos, en sentido propio, ó sea como *modulaciones orales*, que dice el R. Raschi ya citado. San Jerónimo emplea también la palabra *accentus* con relación á la interpretación hebraica, mas tampoco en sentido ortográfico como sería preciso para que probase la existencia de dicho signo. Hablando de la diversa significación de *hichah*, mujer, y de *yssah*, el toma, dice (in Genes. II, 23): "Theodotio aliam etymologiam suspicatus est, dicens —haec vocabitur *asumptio* quia de viro sumpta est—; potes quippe *issa* secundum *varietatem accentus* et *assumptio* intelligi." Por donde se ve que se trata de la entonación, no de signos ortográficos, los cuales no eran empleados. Baste como ejemplo lo que el mismo San Jerónimo (Epist. ad Damas. 125, q. 2), escribe con motivo de un pasaje del Exodo (XIII, 18), donde aparece la palabra *hamuchim*, la cual leída así significa *armados*, y leída con otras vocales, como pudiera hacerse, tendríamos *hamichim*, derivación de *hamech*, cinco. Aquila suponiendo en la palabra hebrea dicha la vocalización primera, traduce en el pasaje aludido, que "los hijos de Israel subieron de Egipto *armados*" (gr. *enoplisamenoi*); por el contrario los Setenta atribuyéndole la segunda vocalización, dicen que "subieron de Egipto en la quinta generación" (gr. *pentee guenea*). "Volumen hebraicum replico..... (dice S. Jerónimo) et ipsos *characteres* sollicitus attendens, scriptum reperio *vahamisim*. Omnis pugna de verbo *hamisim*, quod his litteris *scribitur* Het, Mem, Sin, Jod, Mem: utrum *quinque* an *munitas* sonet..... Aquilam ut in ceteris in hoc loco proprie translisise, omnis Judaea conclamat, et synagogarum consonant universa subsellia." Resulta pues que, como en tiempo de los Setenta, ni cuando escribió Aquila, ni cuando lo hizo S. Jerónimo, tenían otra norma de lectura que las consonantes y la tradición judaica. En la versión de los Setenta es frecuente ver como la falta de vocales y demás signos ocasionó inexactas interpretaciones. Por haber leído las consonantes d-b-r interponiéndole vocal e, leyeron *deber*, *muer-te*, en un pasaje de Isaías, donde los masoretas colocando a, dicen *dabar*, *verbum*; y por leer las palabras *laken aniye* como *liknaani* en la frase hebrea *laken aniye halstson*, traducen "en el país de Canaán", lo que la Vulgata tradujo "propter hoc, pauperes gregis." Y así sucesivamente.

misma que se usaba hasta el siglo V en la escritura siríaca, con ser sin duda alguna la de vocalización más arcaica, constaba únicamente de un sólo punto diacrítico, el cual se escribía, ora encima, ora debajo de las palabras; y todos los datos que nos suministra la antigüedad vienen, finalmente, á comprobar que el sistema actual de vocales es de origen relativamente moderno en el hebreo, y de formación gradual sucesiva (1). El *Codez Babylonicus Proph. Posteriorum* (public. por Strack, con introducc.) corresponde al 916 J. C., y cuenta sólo seis vocales: siete aparecen luego en el siglo siguiente, aunque sin la distinción y enumeración conveniente de *vocales largas y breves*; al siglo XII pertenece el catálogo de las cinco vocales *breves* en oposición á las cinco largas. Todo el sistema de *schewas*, *puntos diacríticos* etc., es de invención posterior, como las teorías de mutación de puntos, cosa que con tanta sencillez hubo de resolverse con los progresos de la fonética científica actual. Mas, cuando se dice que el alfabeto semítico es silábico ó que se ha formado sin letras vocales, y carecía como carece de los signos de dichas letras, se está muy lejos de significar que, no ya fonéticamente, sino también en el orden gramatical, estuviese desprovisto de todo vocalismo auxiliar y supletorio.

Existen tres sonidos fundamentales fisiológica y aun históricamente, de los cuales pueden hacerse derivar todos los demás,

(1) Queda ya indicado que muy probablemente los signos vocales no se emplearon al principio más que en los manuscritos del texto sagrado de uso privado; los rabinos se opusieron largo tiempo á que se introdujesen ni aún en esa forma, hasta que se vió la necesidad de fijar el sentido de sus libros de una manera permanente. La escuela de Tiberíades (s. VII-IX) sancionó ya la invasión, que pasó luego al uso general. En tanto había ido desarrollándose poco á poco el sistema, y continuó pasando de una forma más sencilla á otra más complicada, hasta que en el siglo XI queda del todo terminado. En los comienzos de dicho siglo ya el gramático R. Chaijug, habla de las siete vocales; pero poco después gran parte de los rabinos, por ensalzar la invención, no vacilaron atribuirle antigüedad fabulosa. (De conformidad, en general, con nuestras ideas v., entre otros, Eward, *Kritische Gramm.*, Renán, *Hist. gen. etc. des lang. sem.*, Preiswerk, *Gram. hebr., introd.*, Luzzato, *Prolegomeni*, Schnedermann, *Die Controverse des Lud. Cappellus mit den Buxtorf*, etc., Revel, *Letteratura hebraica*, los *Rudin. ling. hebr.* de Vosen y Kaulen —lib. eisagógicos—, con los principales tratados gramat. modernos. Y singularmente el trabajo de M. Schwab, *Des points-voyelles dans les langues semitiques*, así como la *Hist. de la ponctuation ou de la Massore chez les Syriens*).



y que desde luego sirvieron de base á teorías fonéticas de acentuación reconocida. Son estos sonidos *a-i-u*, y como de formación próxima intermedia pueden presentarse los de *e-o*; faltos de verdaderos signos vocales los hebreos, subsanaron esta deficiencia en cuanto á los sonidos primarios dichos, con las letras de su alfabeto homogéneas á los sonidos mencionados, que por ello á pesar de ser consonantes, se las denominaron letras semivocales. Así se representaba *a* por aleph, *i* por yod, *u* por vau. Los dos sonidos intermedios se indicaban por las anteriores también, pero guardando la analogía del sonido; así *e*, se representó por aleph y yod, *o* por aleph y vau, porque en efecto, *e* es sonido intermedio entre *a* é *i*, como *o* lo es entre *a* y *u*. Otra letra, la *he*, se usaba igualmente como vocal, pero tan sólo en fin de dicción, y podía indicar la *a* y los dos sonidos secundarios *e-o*. Estas letras que mnemotécnicamente se reúnen en la palabra *hehevi* (pereceré), cuando desempeñan oficio de vocales no se pronuncian, y pueden, si una razón gramatical no las exige, desaparecer en la palabra. De aquí la doble ortografía dicha *scriptio plena* cuando figuran aquellas letras en el texto, y *scriptio defectiva*, cuando se omiten. El predominio de una ú otra ortografía tiene significación filológica para poder mejor apreciar la antigüedad relativa de los textos; porque en los documentos antiguos mientras la lengua era hablada, prevalece la escritura defectuosa, al contrario de lo que sucede en los documentos posteriores que, una vez muerta la lengua, presentan la escritura *plena* para mejor garantía de su interpretación. Por lo demás con este sistema supletorio de vocales, estaban muy lejos de obviarse todos los inconvenientes de la lectura hebrea, para lo cual basta recordar el conjunto de signos que hoy son necesarios en el texto escrito con exactitud, advirtiendo además que las semi-vocales indicaban regularmente las vocales largas tan sólo (1).

(1) Llamaron los judíos á las letras mencionadas *himmot hamikrá*, ó sea *matres lectionis*, porque de ellas dependía la lectura, y porque, como dicen "las vocales son tan necesarias al texto, como el alma al cuerpo para la vida", "como la luz para ver", "como el ejército á su rey" etc. Las tres vocales *a i u* á que corresponden las *matres lectionis* han servido no sólo entre los semitas, sino también entre los arios de centro de sistema, cual se ve en los gramáticos indios. Bopp y Schleicher han creído hallar ahí el vocalismo primitivo indo-europeo, y el triángulo que nosotros decimos *orcheliano*, al cual hemos aludido atrás, está encerrado virtualmente en la clasificación semítica de las *tres madres* de lectura. Muy explícitamente

El sistema de *acentuación* no fué tampoco en su origen tan complicado como lo es actualmente, sino que ha ido gradualmente desarrollándose, merced al continuo trabajo gramatical y filológico, y al espíritu de análisis que animó á los judíos en

habla de ello el celebrado Jonás ben Ganahh (Abul Walid Merwan) en su trabajo gramatical "*Bisdlat at-lakrib wal-tashit*" destinado al esclarecimiento de las *moções*; clasifica en él de *primitivas* las tres vocales *u, i, a*, y compara su movimiento á *los tres movimientos naturales* que hay en el mundo; el de la *u* lo equipara al movimiento que parte de un *centro*; el de la *i* es movimiento *centrípeto*, como el de la piedra lanzada al aire que cae por su peso; el de la *a* es movimiento de *rotación*. Teoría que expone también Abraham Balmis en su "Peculio de Abraham" —*Miqué Abraham*— y otros después, y que incluye ya las declaraciones del sistema fonético posterior sobre este punto.

Es de notar que en árabe, á pesar de su riqueza, de su variada fonética y de su abundosa conjugación, que supera en mucho á la hebrea, no existen más que tres signos para sus cinco vocales: *fatha (a-e)*, *kesra (i)*, *damma (o-u)*. En siriaco también se emplearon antiguamente, como en hebreo, tres consonantes en acepción vocal, y eran las correspondientes en dicha lengua á las *madres de la lectura*; *olaph, uav, é iudh*. Desde el siglo IV aparece en siriaco el sistema de *puntos*, siquiera sea rudimentario. Un punto en la parte superior de una palabra, tenía la equivalencia de *a-o* y de los diptongos *ai-au*; en la parte inferior podía significar *e-i-u*. Desde el siglo VII los siros occidentales comenzaron á usar como vocales las cinco letras griegas *a, e, η, o, v*, en la forma uncial é inclinada que aun conservan en siriaco, mientras los siros orientales aparecen con el sistema de puntuación vocal completo. "Seriore tempore, concludit H. Gismondi, distinguido profesor nuestro en Roma, in usu fuit etiam methodus indicandi vocales indiscrimatim tum punctis tum graecis litteris." (*Linguae syriacae grammatica*).

El sistema de las *matres lectionis* ó de las letras *hehevi*, llevado á extremos inadmisibles, sirvió de base á la teoría de la *lectura sin puntos*. Preténdese en esta teoría que con sólo el alfabeto hebreo, sin los puntos vocales, puede y debe leerse dicho idioma; la escuela rabínica y tradicional sostiene que en el *alefato* no hay más que consonantes, sin vocal alguna; la escuela dicha *masclefiana* (siquiera Mascléf no fuese su inventor) pretende que existen allí letras consonantes y letras vocales, como son las llamadas *matres lectionis*: para los primeros, las *matres lectionis* son consonantes como todas las demás letras, aunque pueden ser empleadas alguna vez y lo fueron de hecho, en sentido vocal, por la semejanza de sonido; para la segunda, son siempre vocales, siempre se usaron como tales, y siempre debe leerse con ellas exclusivamente el texto. Toda otra vocalización, según esto, es supérflua y falsa. Mas aunque convienen en lo dicho los



la inquisición de los elementos más íntimos de su lenguaje primitivo. El conjunto de los acentos hebraicos comprendidos en la división general de *eufónicos* y *tónicos*, cuyas varias subdivisiones no hace á nuestro propósito recordar aquí, constituyen

partidarios de la extravagante teoría *expunctatorum*, difieren en sus apreciaciones más concretas. El holandés Boles, fundador de la escuela en el siglo XVI, afirma en su *Methodus discendi ling. hebraeam*, que son exclusivamente vocales las cuatro, *aleph, he, vau, yod*, equivalentes á las respectivas *a, e, u-o, i-y*; cuando se encuentren varias consonantes sin aparecer expresa alguna de dichas letras entre ellas, se suple constantemente la vocal *a*: así en *d-b-r*, suplido el *alef*, tenemos *d-a b-a-r*, verbum; en *b-d-r*, resulta *b-a-d-a-r*, dispergere; en *b-r, b-a-r* hijo, etc. Masclef en su *Gramm. hebraica a punctis aliisque invent. massoret. libera*, juzga que no sólo son vocales las cuatro indicadas, sino también el *jeh* y el *jhain*, que añade al número de las de Boles; además enseña que no es el *alef*, la vocal que se ha de sobreentender siempre que haya concurso de consonantes, sino que ha de suplirse la vocal equivalente á la primera que tenga el nombre de la consonante: así en el ej. propuesto, *dabar*, se leerá *d-a-b-e-r*, porque el nombre de la consonante primera (*dalet*) exige *a*, y el de la segunda (*bet*) reclama *e* etc. Sharp y Hutchinson reprodujeron en Inglaterra substancialmente las mismas ideas, siendo en Francia la última expresión de ellas, la *Nouvelle Gramm. heb. raisonnée affranchie de la ponctuation* etc. de Verdier (vertida al latín por el rabino converso L. B. Drach, antiguo bibliotecario de Propag. Fide).

Como se ve, trátase en todo este artificial mecanismo de una exageración insostenible de todo punto, de la doctrina que niega el carácter privativo de la puntuación masorética; la cual exageración acaba por convertir la lectura de la Biblia en cosa arbitraria y convencional, según aparece en sus procedimientos indicados. Para apreciar la incertidumbre de interpretación en tal sistema, bastaría el primero de los ejemplos aducidos antes; con las letras *d-b-r* pueden resultar, según las vocales que se empleen *d-a-b-ar* (palabra), *d-a-b<sup>b</sup>-er* (hablar), *d-o-b-e-r* (que habla, loquens), *d-u-b<sup>b</sup>-a-r* (verba prolata sunt), y así sucesivamente. Es decir, que sin la vocalización propia, ó sin una tradición fija (como la masorética) ú otros medios extraños á las letras alfabéticas que nos garantice la interpretación, ésta sería insegura y sobremanera incierta para nosotros, á pesar de toda la crítica masclefiana.

Notemos aquí que las *matres lectionis* componen fonéticamente (literalmente falta el *aleph* que está sustituido por la *he* final) el *te-tragammaton inefable*, ó sea el nombre de Dios, *Jehovah* (*Jehveh*, como lee Arias Montano, ó *Jahveh* según muchos), el cual, además de no ser pronunciado nunca por los hebreos y aparecer siempre con *puntuación extraordinaria*, resulta por las letras que le com-

auxiliar poderoso de la legítima interpretación, y deben figurar como obra filológico-hermenéutica al lado del sistema de puntuación vocal.

Sucede al periodo de *puntuación* el periodo masorético, que recoge el grande trabajo gramatical del precedente, pero que no continúa sus investigaciones; porque, como ya se ha advertido, y lo nota Renán (ob. cit.), la labor de los *masoretas* es más bien crítica que gramatical; y debiera haberse añadido que su criticismo es puramente *tradicional*. El nombre mismo de *Masora*, de conformidad con las definiciones que suelen darse de ella (1), hace ver que se trata de un tradicionalismo doctrinal;

ponen sin otra pronunciación que la de sus vocales, con cuyo sonido viene á identificarse el de las consonantes de aquel nombre. Tal vez en ese sentido dijo Josefo Flavio que las cuatro letras de *Jehovah* eran vocales: *ταῦτα δὲ ἐστὶ φωνήεντα τέσσαρα*. Testimonio que algunos masclefianos no han vacilado invocar en favor de su desacreditada teoría de las *matres lectionis* vocales.

(1) Defínela Buxtorf en su *Tiberias seu Comm. masoreticus*: "Massora est doctrina critica a priscis hebreorum sapientibus, circa textum sacrae Scripturae ingeniose inventa, qua versus, voces, litterae ejus numeratae, omnisque ipsarum varietas notata, et suis locis cum singulorum versuum recitatione indicata est, ut sic constans et genuina ejus lectio conservetur, et ab omni mutatione aut corruptione in aeternum perseveretur et valide praemuniatur". Divídese en *gran masora* constituida por el conjunto crítico y doctrinal de las exposiciones rabínicas sobre el texto sagrado, y *pequeña masora*, que son anotaciones cortas simbólicas ó críticas acerca de la inteligencia de los sagrados libros, en que van insertas. Dentro de esta división pueden hacerse muchas subdivisiones, respecto á la *masora de palabras, masora de letras, masora de versos, de libros* etc., *masora inicial* y *masora final*. La pequeña *masora* va puesta en las biblias, y los volúmenes de la *gran masora* pueden á veces consultarse con fruto; de ella se han servido David Quimjih, Aben-Ezra y Elías Levita para sus mejores obras, como la han utilizado nuestros insignes Jiménez de Cisneros y Arias Montano para la *Políglota Complutense* y *ploutiniana* respectivamente. Una extensión de la *Masora* es la *Cábala* en cuanto por ella y en virtud de la *doctrina recibida*, se inquiría el sentido recóndito de la Biblia. Varias son las divisiones que pueden hacerse de la *cábala*, y que se han hecho ya; como división fundamental es generalmente admitida la que trae Pico de Mirándola en sus *Tesis cabalísticas*, según la cual la *cábala* puede ser *especulativa* y *práctica*. Esta última, de aplicaciones en el orden práctico, es reconocida como supersticiosa y vana por los mismos rabinos; la *cábala especulativa*, exageración de lo que llamamos *sentido místico* en la Escritura y del sentido *acomodaticio*, di-



ya se derive de *masar* (tradidit) ya de *asar* (vinxit, nexuit) siempre representa la cadena de la tradición, y pudiera interpretarse por la *paradosis tón grammatikón* de que hablan los filólogos griegos. El trabajo de la *masora* en su período *verbal* lo mismo que en su período *escrito*, ha tenido por objeto conservar la integridad doctrinal del texto sagrado, y fijar su lec-

videla Reuclin (*Arithmetica sacra*) en cinco partes; pero puede reducirse á dos, *cábala real* y *cábala simbólica*. En la *cábala real* entra principalmente no lo que significan las palabras, sino la cosa significada por ellas, verificándose lo que acontece con nuestro sentido *místico*, si bien en extremos no aceptables. Así la significación *alegórica, anagógica y tropológica* que halla la hermenéutica cristiana en lo significado por la palabra *Jerusalem*, encontrábanlas igualmente y á cada paso los judíos en las páginas de la Biblia, por ejemplo en el *carro* de Ezequiel (cap. I), en el número de sus *ruedas*, en los *cuatro animalés*, en el viento que venfa del Norte etc., que todo tenía su sentido y explicación en la *cábala*.

La *cábala simbólica*, que tiene parte del sentido *acomodaticio*, puede subdividirse en *cábala aritmética, geométrica y conmutativa*. En la *cábala aritmética* se toman en cuenta para hallar una significación determinada, el valor aritmético de las letras y la dimensión de las mismas, según que en el texto aparecen como mayúsculas ó no; p. ej. un *Aleph mayor* en la palabra *Hadam* designaría para la *cábala*, que el hombre es la obra mayor de la creación terrestre, y así sucesivamente. En la *cábala geométrica* dada la distribución de las letras, ordenadas en formas geométricas, ó combinadas entre sí, se intenta hallar una significación determinada. Son bien conocidos el *notáricon rabínico* cuya línea primera horizontal es A B R A C A D A B R A, para la invocación de la Trinidad en hebreo, y también en griego (como lo presenta Harduin); y el *árbol* cabalístico *Sephiroth*, que mediante diez nombres ofrece innumerables combinaciones de varios órdenes de cosas.

En la *cábala conmutativa* se trastorna el orden de las letras de la palabra para hallar en ella otra significación, como cuando descomponemos un anagrama para hallar el verdadero nombre. Esto lo verificaban los cabalistas ya sin reglas fijas, como cuando de las letras con que se halla formulada una pregunta en la escritura formaban la respuesta, ya siguiendo la norma de contraponer mitad del alfabeto á la otra mitad, de modo que la primera mitad de las letras alfabéticas pudiera ser sustituida por las respectivas en orden de la segunda mitad. Con esta manera de sustituciones que creían se han usado en el antiguo testamento como una especie de *disciplina del arcano*, se proponían hallar el sentido verdadero del texto, oculto en forma de anagrama y arreglado á la acepción de las letras de medio alfabeto por las de la otra mitad. De la *Cábala* se han ocupado muchos de los escritores ya citados. (V. G. Blanco, *Diqduq* III).

tura y sentido tradicional. De aquí la inmensa labor, realizada con más afán que entendimiento, de la *masora* del *Canon*, de la *masora* de los *versos*, de la *masora* de *palabras*, de *letras*, de *mociones* etc., ya se tomen aisladamente ya formando grupos; las investigaciones, no pocas veces pueriles, sobre fenómenos gramaticales y ortográficos; sobre puntuaciones extraordinarias, letras mayúsculas, minúsculas suspendidas, inversas, y coronadas; número de todos los versos, de todas las palabras, de todas las letras de cada libro y de todos ellos, con las combinaciones especiales de muchas de dichas letras y palabras, y las particularidades literales que ofrece cada verso (1), el lugar y uso de las vocales, de los acentos, y de los signos ortográficos etc. Todo ello escudriñado con diligencia asombrosa, pero con espíritu servil y de estadística, que le hace labor de muy estéril abundancia. La mejor obra del masoretismo consiste en la revisión del texto sagrado y en la anotación que hacen sobre la legítima palabra y lección, con los conocidos signos *Qeri Ketiv*, ó sea asteriscos de los cuales el puesto al margen ó al pie constituye *Qeri* (léase), y el señalado sobre lo que ha de corregirse es el del *Ketib* (lo que está escrito); el total de estos signos asciende á 1.314, de los cuales 80 corresponden al Pentateuco.

Si hubiéramos de creer á los judíos, la *masora* habría de colocarse en el número de las obras literarias más notables del mundo, como maravilloso «cerco de la ley», según ellos la llaman. Mucho hay en esto de hipérbole y de fantasía; y si se tie-

(1) Por vía de ejemplo diremos que la *masora* común de *versos* cuenta en la Biblia, 23.206, distribuidos: Génesis 1.334 versos, Exodo 1.209, Levítico 859, Números 1.288, Deuteronomio 955. Total del *Pentateuco*, 5.845, Josué 659, Jueces 618, Samuel I y II 1.506, Reyes I y II 1.534, Isafas 1.295, Jeremías 1.365, Ezequiel 1.273, Profetas menores 1.060. Total de *Profetas* anteriores y posteriores 9.297. Salmos 2.527, Proverbios 915, Job 1.070, Cántico 117, Rut 85, Lamentaciones 154, Eclesiastes 222, Ester 166, Daniel 157, Esdras y Nehemías 688, Crónicas I y II 1.763. Total de *Agiógrafos* 7.904.

Siempre á este recuento las voces de los principales versos, y el número de letras que tienen; el número de versos que comienzan con una misma letra, el de los que comienzan con una misma palabra, el de los que tienen igual número de palabras y letras, el de los que encierran todas las letras del alfabeto, etc. etc. El lector adivina fácilmente el laberinto á que conduce trabajo tan fatigoso como inútil. A este tenor puede juzgarse de las investigaciones análogas masoréticas.



ne en cuenta que sobre la fe de los masoretas, judíos y cristianos hicieron á una sus estudios sin más crítica que la del masoretismo, la cual era por más de un concepto defectuosa, debe decirse que la *masora* ha acarreado grave perjuicio á la buena filología y hermenéutica; si ha sido «cerco de la ley» fué más para estrecharla que para defenderla. Dentro de la *masora* ya en el siglo X estaban en oposición la escuela tiberiense representada por el código de Ben-Asher y la escuela babilónica que representa el de Ben-Neftali, cuyas diferencias en los respectivos códigos cuéntanse á centenares. Reducir la masora á su primitivo carácter, tan degenerado en la Edad Media, es obra que (por más que se haya intentado) difícilmente llegará á realizarse de una manera satisfactoria. Los trabajos de Baez, de Delitzsch, Srack, Frensdorff etc. encaminados á restituir al texto masorético su primitivo carácter ofrecen á la crítica muchos puntos vulnerables.

Tomando sus principios en la *masora*, sucede á ésta en la literatura hebraica el *periodo gramatical* rabinico, en el cual entran como elementos filológicos las obras de comentadores, lexicógrafos y gramáticos propiamente dichos. Después de algunos comentarios talmúdicos, cuya antigüedad y autores es objeto de controversia (1), y después de la decadencia de las escuelas judaicas de Oriente, la reacción literaria déjase sentir claramente en los comentaristas de los comienzos del siglo XI. R. Samuel Hophni, R. Isaac Arits presidente de la Academia de Córdoba, R. J. Aben Megas, R. Abraham ben Hhiyah y otros hebreos españoles, iniciaron el nuevo impulso rabinico-científico, continuado con mayor fuerza en el siglo XII por el ya citado Aben-Ezra, no menos célebre como gramático insigne que como comentarista de primer orden (2), por el talmudista Abraham

(1) Véanse acerca de los comentarios aludidos y sobre el movimiento general de la literatura judaica, las Bibliotecas rabínicas de Ugolino, Wolf, Bartelocci, Assemani y Rodríguez de Castro, este último con preferencia para los rabinos españoles. Allí encontraránse datos que no es posible ni necesario presentar aquí. Véase asimismo á Buxtorf y á García Blanco sobre la materia.

(2) Sus comentarios fueron traducidos al latín, é impresos ya originales ya traducidos por J. Leusden en Utrech, Roberto Stephano en París, Daniel Romberg en Venecia, por el judío alemán R. Joseph en Nápoles, y por editor anónimo en Constantinopla. La primera traducción de los comentarios bíblicos de Aben-Ezra fué la de Conrado Pellicano; figuran éstos al lado de la paráfrasis de Onkelos en la estimación de los judíos, y en ediciones bíblicas.

ben Dior, y sobre todo por el insigne cordobés Maimónides, una de las más grandes figuras del rabinismo de la Edad Media, de los más enciclopédicos en sus conocimientos, y de los más serios en sus trabajos, como nota Escalígero (1). Siguen los cami-

(1) Entre las obras de varia índole de que es autor Maimónides, una ha adquirido singular renombre entre judíos y cristianos; la que lleva por título *Moreh Nebokim*, clave teológica y hermenéutica para la interpretación bíblica, para la inteligencia de sus varios sentidos y expresiones, y verdadero *directorio de los inseguros* en materias escriturarias. Este libro notable, condenado á la hoguera por los talmudistas franceses á causa de su doctrina independiente del talmudismo y tradiciones, fué respetado por los judíos de Oriente, y adquirió después universal estima en Occidente. Escrito en árabe, fué luego traducido al hebreo por Samuel ben Thibón, y más tarde y con menos exactitud hízose nueva versión hebraica por Judah Alcharici. Al latín tradujéronle, entre otros, Fr. Agustín Justiniani (si bien se duda de si es traducción propiamente suya, ó simple corrección de otra anónima), y mejor que él en fidelidad y estilo J. Buxtorf (hijo). Suele citarse dicho libro con distintos nombres, porque de varias maneras se ha traducido su título: Raimundo Martí en su *Pugio Fidei* le llama "Directorium neutrorum", Gesner en su *Bibliotheca*, "Directorium in Theologia", Pablo Burgense en su *Scrutinium scripturarum* y Alonso Espina, lo denominan "Directio perplexorum" y "Demonstrator errantium", Justiniani en la versión latina que publicó "Director dubitantium", y Buxtorf en la suya "Doctor perplexorum." De cualquier manera que se traduzca el *Moreh Nebokim* (el que guía á los que tienen dudas), ha de entenderse que no es una "guía de extraviados" ó una "guía de pecadores", como alguna vez se ha escrito, sino una guía, un "Directorio de inseguros" en la inteligencia de la Ley; no escrita para el vulgo, como dice el mismo Maimónides en la *Introducción* á dicho libro, ni para los que comienzan las especulaciones de la Escritura, sino para "el varón ejercitado y perito en nuestra ley" "conocedor de la filosofía, y perfecto en vida y doctrina", que "por propio estudio entiende el sentido de las palabras equívocas, metafóricas y analógicas", pero por eso mismo se encuentra perplejo sobre si aceptar la interpretación recibida, ó desecharla siguiendo su propio criterio y lo que le dictan sus propias investigaciones. (Cf. la tr. de Buxtorf en el *The-saurus antiq. hebraicarum* de Ugolino).

Entre otras muchas obras (v. las *Bibliot.* atrás citadas, y entre nosotros R. de Castro *Bibliot.* sigl. XII), cuéntase una disertación sobre las lenguas *Hebrea* y *Arábica*, en que era peritísimo (así como en el siro-caldaico, rabinico y griego), donde intenta demostrar la identidad de origen de ambas, y su conexión con el *siriaco*. (V. la disert. apolog. de Maimónides por Clavering en la ob. cit. de Ugolino, siquiera dicho trabajo no esté á cubierto de toda crítica).



nos de los grandes maestros citados, el celebrado R. Moseh ben Thibón, llamado por los suyos *abi hamajtikin* ó *padre de los traductores*, por sus grandes conocimientos en las lenguas hebrea y árabe, y por los servicios que con sus traducciones numerosas prestó á la literatura judaica (1); los Quimjhies, que además de sus tratados gramaticales, han hecho elucubraciones doctrinales de gran mérito sobre los libros sagrados, y la tradición (2); el «padre de la ciencia» Moisés bar Nahhman, presidente á los dieciocho años de la Academia de Pumbedita, y de saber universal. En el siglo XIII, un discípulo del últimamente citado R. Jonah, notable comentador del Talmud, y su contemporáneo R. Joseph Caspi, quien extendió sus comenta-

(1) Es este Thibón el primer traductor al hebreo del *Directorio de inseguros* de Maimónides, de que hemos hablado. Tradujo asimismo (entre otras muchas obras que no hacen á nuestro objeto) el *Libro de las dicciones lógicas* que lleva el nombre de Mayres bar Maimónides (hijo único de éste); libro que Bartelocci creyó era un compendio de la *Lógica* de Maimónides, y Assemanni (*Bibliot. cit.*) hace ver es la misma obra, intitulada en un códice *Higaion* (lógica), y en otro *Milot higaion* (Dicciones de la Lógica). Hizo también la traducción hebrea de la *Gramática* y del libro de *Raíces* que escribió en árabe Jonás ben Ganahh, de quien hemos hablado oportunamente (de la cual traducción según R. de Castro, consérvase un excelente códice en caracteres rabínicos, en la *Bibliot. del Escorial*). Thibón tiene singular importancia en la historia de la literatura hebrea no sólo por la excelencia de sus traducciones, sino también porque con ellas divulgaba entre los judíos el saber griego, trasladando del árabe las principales obras de Filosofía, Jurisprudencia, Medicina etc., que había producido la ciencia helénica. Su carácter doctrinal independiente y ecléctico, vése claramente en las obras que elegía para traducir, y lo confirma la versión del consabido libro de Maimónides, anatematizado entonces por el judaísmo occidental. Al final de un códice de la traducción hecha por Thibón, existente en la *bibliot. del Vaticano*, aparece la censura de algunos judíos españoles, dando permiso para leer el libro de Maimónides, á pesar de estar su doctrina fundada en la filosofía de los gentiles y *no en el Talmud ó en la Cábala*.

(2) V. la *Bibliot. orient.* de Bartelocci, la de Wolf y la de R. de Castro, donde se refieren las obras de José Quimjhie (padre), literato, gramático y poeta; las de R. Moisés (hijo mayor) gramático, intérprete y comentarista; y las de David Quimjhie (hijo segundo) el más notable de ellos como gramático y filólogo muy entendido. Alfonso de Zamora y Arias Montano no se han desdenado traducir del rabino (en que están escritas) y añadir comentarios filológico-críticos de gran valor á los libros de los Quimjhies.

rios á Platón, Aristóteles, Aben-Ezra y Maimónides, así como, omitiendo otros muchos (1), el insigne talmudista, filósofo y comentador de la Cábala Moisés ben Schem Tob, que cierra en el siglo XIII el catálogo de los expositores rabínicos. En los siglos XIV y XV, el talmudista Judá ben Ascher, el «maestro universal» Isaac Chanpanton, los comentaristas de la Filosofía y de la Mischna Joseph ben Schem Tob y Abraham, descendientes del anteriormente citado Moisés ben Schem Tob, y, para no citar más, los dos Ihayyah (David ben Joseph y Joseph ben David), los cuales como talmudistas, y como gramático además el primero, hacen grande honor al saber rabínico del siglo XV, cuando desaparecían sus escuelas de la península ibérica, y entraban dispersos sus maestros en otras regiones de Europa y en el Oriente, perdiéndose definitivamente y mezclándose con el de otros pueblos, el ya degenerado organismo científico del judaísmo.

El movimiento *gramatical rabínico* corresponde al gran desarrollo de la exégesis que acabamos de indicar; los gramáticos que dejamos citados en la parte de texto mayor, prueban la verdad de nuestro aserto y nos excusan de entrar aquí en ulteriores declaraciones. Diremos pues resumiendo, que el estudio teórico de la Gramática hebrea no comenzó hasta el período rabínico de que nos ocupamos, bajo la influencia de la cultura científica y literaria de los árabes, por obra de judíos arabizantes, como Saadias Gaom, Menahem ben Saruq, ben Labrat etc. en los siglos IX y X. En el siglo XI compuso en Fez su *Gramática* R. Judah Chajiu, reorganizando el plan de los precedentes y sosteniendo el carácter *trilitero* de las raíces hebreas. El libro de Chajiu, atribuido por Buxtorf (*Bibliot. rabínica*) á Moisés Quinjhi, intitulase *Diqduq leson Qodesch* (Gramática de la lengua santa), y fué de influencia grande en los trabajos gramaticales subsiguientes. Citase en este *Diqduq* una gramática del célebre poeta cordobés Moisés Gikatilah, de que hacen también mención Aben-Ezra en sus «Balanzas» (Mebze-

(1) Entre ellos figuran R. Antolí, que además de expositor y gramático tradujo varias obras de Aristóteles, Porfirio, Alfarabi, Averroes y Maimónides; R. J. Mosca, que por mandado de Alfonso X tradujo del árabe el célebre libro «De la propiedad de las piedras» y R. Bejhai, apologista de Maimónides contra los judíos franceses.

Todos estos son comentadores españoles, y los citados arriba lo son también si se exceptúan los Yahyyah que fueron portugueses. Los Quimjhies eran oriundos de España.



nim) y Abraham de Balmis ó Balmes en su Gramática, pero que no ha llegado á nosotros. Sobre todo es notable el catálogo de gramáticos que figuran en algunos ejemplares del libro de Chajiu, como el al que se refiere J. Morino en sus *Opuscula hebraeo-samaritica*. Los gramáticos judíos españoles que allí se citan son (1): Jonás ben Ganahh, con sus siete libros gramaticales, de los cuales el último es el «Libro de raíces»; Salomón ben Gabirol, con sus cuatrocientos dísticos gramaticales; Samuel Nagid con su gramática intitulada *Haochar* (ó de la riqueza); Moisés Cohén, que tradujo del árabe un tratado de los nombres; David Abdaliam, con su tratado de los *acentos* (*Melaquim* ó *Reyes*); Judah Bilham con sus opúsculos gramaticales; Isaac Jasos, con su tratado de declinaciones y conjugaciones; Levi ben Etelban, con su *Sepher hameptah* (*Libro de clave*); Aben-Ezra con sus ocho obras gramaticales, de las cuales quedan citadas las más importantes; Jacob ben Eliezer con su gramática *Sepher hachlon* (*Libro de la paz*); Salomón ben Abraham con su tratado de las *Raíces* (*Hachrachim*); los tres Quimjhies ya mencionados, con sus respectivos libros gramaticales (2); J. ben Caspi con sus «Cadenillas», ó exposición de

(1) Lleva por título el catálogo mencionado: *Tikaron asepharim hacher haberu hamediqdeqim bediqduq halachon hajaberi mizmon R. Yehudah Hyug bajal asepher jad hanah mechec chebaj mehot vechelochim chanah*. «Memoria de los libros de Gramática del idioma hebreo, que compusieron los gramáticos desde el tiempo de Judah Chajinh, autor del libro, hasta ahora, por espacio de setecientos y treinta años.»

(2) Los trabajos lingüísticos de los Quimjhies, cuya influencia se hizo sentir en los gramáticos posteriores, intitúlanse: el de R. Joseph Quimjhi, *Sepher azikaron* (Libro de la memoria), que utilizaron luego su hijo David y R. Balmes para la composición de sus apreciables *gramáticas* (Wolf y J. Buxtorf, que no están conformes en sus respectivas *Bibliot. hebr.* y *Bibliot. rabin.* sobre las obras de J. Quimjhi, convienen en que es suyo el libro mencionado, como los críticos posteriores); el de Moisés Quimjhi, *Mahalak chebih hadajat* (Entrada ó introducción en los caminos de la ciencia); atribúyensele otras tres gramáticas más, intituladas *Phetah dbarai*, *Chekel tob* y *Sefer hitahbochet*, de las cuales habla Wolf (ob. cit.). Dichas tres gramáticas están inéditas; pero de la primera existen numerosas ediciones, siendo principales, la de París, año 5280 (de J. C. 1520); la de Mantua, 5326 (de J. C. 1566); dos de Venecia, y sobre todo las de Basilea con comentarios de Elías Levita en 5295 (de J. C. 1535), y de Leiden con notas de Const. L'Empereur, atrás mencionada. Los trabajos lingüísticos de David Quimjhi, denominanse *Miklol* (Per-

raíces; Moisés ben Annasi, autor de un *lexicon* de raíces hebreas; J. ben Zakut con su libro «Maestro de la lengua»; Samuel ben Benaste, S. ben Halevi, los Jehhia (José y R. Tam) con sus respectivas monografías lingüísticas, y David ben Jehhia con su gramática «Lengua de los eruditos»; Abraham de Balmis ó Balmes, con la suya intitulada «La hacienda de Abraham»; R. Joseph Zarka, con su «Maestro de las palabras». Finalmente figuran allí los gramáticos rabinos Samaria Akrata, R. Elisa ben Matathia y R. M. Benevento. Es de advertir, sin embargo que á varios de los enumerados le son atribuidas otras obras más que las que se mencionan en el anterior catálogo, y que no á todos los referidos escritores les corresponden los primeros lugares en la historia de la filología hebraica. Pero de ellos, ben Ganahh ó Abul-Walid, los Quimjhies y Aben-Ezra, bastan para honrar una literatura, y fueron suficientes sus esfuerzos (á los cuales se juntaron los de Chajiu y del rabino francés *Salomón Rashi* ó *Yarhji*, tan respetado por los judíos como talmudista y *gramático* notable), para levantar el hebraismo á las alturas á que se ha elevado cuando la decadencia de las escuelas de Oriente hacia presagiar el término de la historia literaria de los hijos de Israel.

En el siglo XVI, disueltas ya las escuelas rabínicas de España y Portugal, y con el movimiento del clasicismo, entraba

fección) y *Sepher acherachim* (Libro de raíces). Del *Miklol* se han hecho, entre otras, las ediciones de Gersón Soncinas en Constantinopla, de D. Bomberg en Venecia, con notas de Elías Levita, y en el mismo punto y con las anotaciones de éste, la de Cornelio Adelkind. Este último publicó también el *Sepher acherachim*, así como Daniel Bomberg, que añadió las anotaciones de Elías Levita. De las *Gramáticas* de David Quimjhi y Moisés, existe, al decir de R. de Castro (ob. cit.), un códice en el Escorial con ilustraciones de Alfonso de Zamora, que contiene las dos comenzando por la de Moisés. El *Miklol*, á más de haber sido traducido al latín por Conrado Pellicano y otros, fué extractado y compendiado en lengua latina por Rodolfo Bayn: *Compendium Miklol, hoc est absolutiss. Grammatices Davidis Chinihi nunc psimo editum* etc. Parisiis, 1554).

Se ha notado no sin fundamento que las dos obras de David Quimjhi, *Miklol* y *Libro de raíces*, están tomadas respectivamente de la *gramática* y *lexicon* compuestos en árabe por el ya mencionado Jonás ben Ganahh. Es observación de E. Pocock en su *Porta Moisis*, á la cual debe añadirse que, á su vez, los libros de Quimjhi, sirvieron de base á otros hebraístas, entre ellos a Sanctes Pagnini en su *Thesaurus linguae sanctae*, y para el *Lexicon* de Reuclin, que está calcado en los trabajos de aquél.